

Recensions

GIDDENS, A.; BAUMAN, Z.; LUHMANN, N.; BECK, U.
Las consecuencias perversas de la modernidad. J. Beriain (comp.).
 Barcelona: Anthropos, 1996.

BERIAIN, Joesetxo. *La integración en las sociedades modernas*. Barcelona:
 Anthropos, 1996.

La editorial Anthropos ha publicado recientemente dos libros llenos de interés y que están estrecha y doblemente relacionados entre sí. Por un lado, lo están temáticamente, dado que se ocupan de las consecuencias de la sociedad moderna, en términos generales, en un caso, y, en el otro, referidas más específicamente al problema de su integración. Por otro lado, en ambos aparece la figura de unos de los más relevantes teóricos sociales españoles: Joesetxo Beriain (profesor de sociología en la Universidad Pública de Navarra), compilador del que lleva por título *Las consecuencias perversas de la modernidad* —una selección de trabajos de cuatro primerísimos «espadas» de la teoría sociológica mundial: Bauman, Beck, Giddens y Luhmann—, y autor del titulado *La integración en las sociedades modernas*.

Por lo que se refiere a *Las consecuencias perversas de la modernidad*, no cabe otra cosa que realizar un elogio: el tema en él abordado es actual e importante; la selección de autores y textos, muy cierta; las traducciones están francamente

logradas, y el prólogo es una auténtica invitación a la lectura del libro.

En él, de la mano de Giddens y Bauman vemos descrita la identidad de la modernidad a través de la discontinuidad y la creciente diferenciación entre los horizontes temporales (pasado y futuro), así como entre sus ámbitos internos, ahora configurados como sistemas funcionales. Los resultados más directos de ello son una aceleración del ritmo de la vida social y la instauración de un «politeísmo funcional». Las sociedades modernas o post-tradicionales pierden de esta manera aquella preferencia definida por el orden entendido como estabilidad y equilibrio que era característica de las sociedades premodernas o tradicionales. En su lugar nos encontramos ahora, de una parte, con la expansión de las opciones y del campo para la toma de decisiones, pero, de otra, y como consecuencia de ello, también con la expansión de los riesgos. Así, por ejemplo, la creciente racionalidad decisoria de unos subsistemas funcionalmente auto-organizados se realiza a costa de un déficit de racionalidad del todo social y de la

exportación creciente de externalidades hacia la naturaleza, que retornan a la sociedad en forma de problemas ecológicos.

Ahora bien, ¿como puede reaccionar a este tipo de problemas, autocreados, la sociedad? Según nos dice Luhmann, la sociedad moderna responde a ellos paradójicamente: mostrando una capacidad de resonancia que es, a la vez, demasiado poca y excesiva. Una sociedad diferenciada funcionalmente sólo puede tematizar las amenazas ecológicas desde sus diversos sistemas funcionales, lo que significa hacerlo según sus respectivos códigos y semánticas directrices. Sin embargo, como la diferenciación funcional conlleva una pérdida de redundancia pero no de interdependencia entre los sistemas parciales, tales problemas tienden a sobrecargar las capacidades de prestación de los sistemas en forma de desplazamiento de problemas y de reacciones en cadena que hacen resonar, difusa y confusamente, por toda la sociedad las amenazas ecológicas en forma de una sensación de angustia que viene a ocupar el lugar de las tradicionales cosmovisiones holistas.

Como consecuencia de ello, la sociedad moderna empieza a autotematizarse en términos bien distintos a los de la tradición ilustrada: «desmembramiento» y pérdida de la seguridad ontológica (Giddens); ambivalencia e indeterminación (Bauman); contingencia (Luhmann); o riesgo (Beck). En ninguno de estos casos, no obstante, el concepto de modernidad es abandonado ni se propone, en consecuencia, una reconceptualización mediante fórmulas tan al uso como la de posmodernidad. «Desmembramiento», desontologización, indeterminación, ambivalencia, contingencia como «valor característico» o «propio» (*Eigenvalue*) de la sociedad moderna (que no «atributo», como en un pequeño desliz conceptual se traduce en el libro) o sociedad del riesgo, no significan un nuevo estadio o era social superador de

la modernidad, sino que son, justamente, la expresión de la maduración de ésta y de su confrontación (observacional y descriptiva) con sus propias consecuencias, que, si son observadas a través del aparato conceptual de la tradicional teoría de la acción, no cabe sino tildar de perversas.

La integración en las sociedades modernas, como indicábamos, es el segundo libro que a lo largo del año 1996 ha aparecido asociado al nombre de Jostein Berain, en este caso como autor. El trabajo que nos presenta aquí el profesor Berain se sitúa en un terreno fronterizo: el que separa y une (como toda frontera) a la teoría sociológica y a la antropología filosófica. Consecuencia fundamental de ello es que el problema de la integración, frente a lo que es habitual en la sociología, es entendido por Berain no sólo como producción de un *nomos*, sino también de un *cosmos*.

Para atender a esta profundidad cosmológica, Berain introduce como pieza decisiva de su discurso el concepto (procedente de la antropología junguiana) de «arquetipo». Digamos que los arquetipos son «protoformas» o «constelaciones de sentido» que intentan responder a «preguntas primordiales», y como tales atemporales, a las que se han enfrentado, enfrentan y enfrentarán el hombre y su sociedad. Así entendidos, los arquetipos serían el fundamento del «imaginario colectivo». Éste tendría como vehículo de expresión lo simbólico, pues es a través de ello como sus «grandes trascendencias» se cristalizarían en el plano de las «trascendencias medias», representado por la «conciencia colativa». Dada esta condición de ámbito decisivo de la integración «simbólica», la «conciencia colectiva» es concebida como un fenómeno relativo al «mundo de la vida», y en cuanto tal contrapuesto a la integración sistémico-funcional, que es entendida como algo instrumental y puramente mediador, que se articula en torno a los

medios generalizados de intercambio (Parsons) o comunicación (Luhmann): poder, dinero, influencia, etc. Como ejemplos de los simbolismos constitutivos de tales identificaciones colectivas son analizadas después la «religión civil» americana y la idea típicamente progresista y europea (podría decirse, más específicamente, «francfortiana») de un «patriotismo constitucional posnacionalista».

Como espero pueda apreciarse en esta apretada y muy selectiva síntesis, la empresa acometida por Beriain es tremendamente ambiciosa, por lo que los resultados de la misma no pueden sino arrojar «luces» y «sombras».

Por lo que respecta a las primeras quiero destacar, ante todo, que, consciente de que indicar o referir algo implica siempre distinguir, así como de la ambivalencia de la sociedad moderna (en el sentido de Bauman), Beriain entiende que evidenciar los modos a través de los cuales nuestra diferenciada y compleja realidad social produce sus propias formas de integración implica el tener que dar cuenta también de sus inevitables «problemas desintegrativos». De esta manera, orden y desorden, simbolismo y diabolismo, son perfilados por Beriain como las dos inseparables caras de la modernidad. Y remarcar esto, en vez de proceder a los habituales juicios críticos simplistas y, por ello, fácilmente plausibles, acerca del déficit de integración, solidaridad o comunicación de las sociedades modernas, no es un logro precisamente menor. Muy interesante me parece, igualmente, la actualización que se hace del «politeísmo» valorativo weberiano en términos de un «politeísmo funcional».

Por lo que se refiere a las «sombras», es preciso dejar bien claro que lo señalado a continuación sólo se refiere a las cuestiones que, consideradas desde el *punto de vista del comentarista* —que no es otro que el de la teoría de sistemas—, suscitan algunos de los planteamientos y conceptos utilizados por Beriain en su texto.

La más importante de todas ellas es si, a la luz del diagnóstico que hacen de la modernidad Giddens, Bauman, Luhmann y Beck en el libro compilado por Beriain, sigue teniendo sentido plantearse el problema de la integración «al estilo Parsons»; es decir, entendiendo ésta como congruencia entre los significados y valores socialmente institucionalizados y aquellos desarrollados en las personalidades de los seres humanos.

La articulación estructural de la sociedad alrededor de una forma funcional de diferenciación implica una ruptura radical con la jerarquía como principio del orden social, pues ella se transforma en una compleja red heterárquica de sistemas funcionales, a un mismo tiempo, independientes e interdependientes. El sistema global de la sociedad se convierte, así, en un complejo entramado comunicativo sin centro ni cúspide, en un *multiversum* que no es susceptible de medirse ya por el rasero ideal de una «comunidad perfecta», en la que los seres humanos (entendidos como sus partes) podrían autorrealizarse como «sujetos». La integración de dicho sistema, en consecuencia, difícilmente puede concebirse ya como algo que dependa, fundamentalmente, de la existencia de un alto grado de coincidencia entre una serie de pautas significativas y valorativas comunes institucionalizadas y la estructura motivacional de las personalidades de sus «miembros».

Ciertamente, puede decirse que la integración de la sociedad y las relaciones de ésta con el mundo de la conciencia no son cuestiones inconexas, pero ello no significa que sean una misma cosa. Si se describe la sociedad moderna como un complejo orden funcionalmente diferenciado, entonces es preciso deslindar ambos problemas, lo que implica tener que deshacerse de toda la tradición humanista y aceptar que una cosa son los problemas de la «inclusión» y la «socialización» (en cuanto las dos caras de la relación «indi-

viduo-sociedad»), y otra el de la integración de la sociedad como sistema. La integración, de esta forma, no puede consistir ya en otra cosa más que en una mutua reducción de los grados de libertad de unos sistemas funcionales que, diferenciados (externamente) y organizados (internamente) en torno a una serie de esquematismos binarios (licito/ilícito, pagar/no pagar, verdadero/no verdadero, etc.), operan con un alto grado de indiferencia hacia todo esquematismo global, como es el de la moral (bueno/malo), pero aún permiten construir y coordinar conductas y expectativas muy complejas en sus respectivos ámbitos.

Un segundo aspecto problemático, estrechamente relacionado con el anterior, es el relativo a la significación de los conceptos de «imaginario colectivo» y de «conciencia colectiva». Ambos conceptos siguen empleándose, conforme a la tradición sociológica, como la típica fórmula de compromiso que, indicando a lo social, quiere a la vez indicar al mundo de la conciencia, pero sin aclarar, sino más bien todo lo contrario, cómo ambos niveles de orden pueden articular *empíricamente* su relación.

Por otra parte, los conceptos de «arquetipo» y de «politeísmo arquetipal», que pueden tener un indudable valor como recurso literario y hasta ilustrativo, producen una fuerte sensación de problematicidad cuando se emplean para dar cuenta del contenido real del «imaginario colectivo» y, en consecuencia, se utilizan para explicar la configuración del sentido (¿o significado?) en el mundo moderno. Y tal sensación se refuerza cuando luego, como contenidos básicos del sentido (¿o significado?) que fundamenta el «mundo de la vida», sirven para reafirmar la ya clásica contraposición de éste último con el «mundo funcional», cuya cristalización se efectuaría en sistemas. ¿Debemos seguir entendiendo el concepto de sistema como no susceptible de aplicarse a «lo humano», por pura-

mente «mediatizador», lo que obligaría a contrastarlo con otros de carácter antropológico para poder entender la «esencia humana»? Si así es, cabe preguntarse en qué consisten, entonces, «lo humano» y su «esencia», pues tanto la conciencia como el organismo humano son perfectamente analizables como sistemas (y de hecho lo son con bastante éxito desde hace tiempo).

Finalmente, no puedo dejar de hacer una referencia, aunque más breve de lo que desearía, a la cuestión de la religión. En el séptimo capítulo, en conexión con Durkheim, se hace referencia a la religión en términos «funcionales», o sea, remitiéndola al problema de la integración de la sociedad. Ahora bien, en el caso de la sociedad moderna, ¿qué sucede con esta pretendida función de la religión si el sistema de una sociedad ya no es más que la *totalidad de sus diversos* sistemas funcionales, y parece insostenible la idea de una jerarquía subsistémica? Lo que choca, en este punto, es que, siendo el profesor Beriain una verdadera autoridad en este campo, dedique una atención insuficiente a un tema que, desde mi punto de vista, debería considerarse central para su comprensión del problema integrativo: la relación entre «religión civil» y diferenciación funcional. Esta relación puede descomponerse en dos aspectos clave: por una parte, el de la relación entre «religión civil», como fenómeno que se perfila en el plano de la sociedad global, y religión, como espacio funcionalmente diferenciado de la sociedad; por otra parte, el de la relación entre la expresión de lo bueno y lo correcto, en el plano de la «religión civil», y la articulación en programas y roles de las conductas funcionalmente especificadas, a la que sólo se hace una consideración demasiado indirecta y breve al analizar la conexión entre la «religión civil» y la «ideología del individualismo posesivo» dentro de la cultura norteamericana. En cambio, se dedica un espacio que estimó realmente excesivo a la descripción de

la *propuesta* del *ideal* integrativo de un puramente procedimental «patriotismo constitucional posnacionalista».

En cualquier caso, es preciso dejar bien claro que este tipo de «sombras» no pueden ser proyectadas por cualquier texto. Sólo aquellos que, como el del profesor Beriain, están amplia y creativamente informados en las mejores fuentes clásicas y actuales de la teoría y filosofía socia-

les, son capaces de hacerlo. Por ello, y por su excelente labor como editor en *Las consecuencias perversas de la modernidad*, es preciso no sólo felicitar sino también dar las gracias al profesor Beriain y a la editorial que ha tenido el acierto de publicar ambos trabajos.

José María García Blanco
Universidad de Oviedo

DURÁN HERAS, M. Ángeles

Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica.

Madrid: CIS, 1996. 340 p.

La aparición de este trabajo, que supone una revisión crítica de la formación de la teoría sociológica, bien puede considerarse un síntoma positivo del proceso de transformación y cambio en que se halla la sociología debido precisamente al desarrollo que los estudios sobre género están imprimiendo en el quehacer académico.

La edición de este texto ha estado a cargo de la catedrática M^a Ángeles Durán y ha contado con la participación de profesionales introducidos en el ámbito de la teoría sociológica ubicados en centros de investigación y universidades de distintos puntos de España. Esta característica junto con la relevancia de su contenido hacen de esta obra un texto obligado para poner al día las líneas de reflexión por las que transita el sentir del pensamiento sociológico y la distinguen como un texto necesario e indispensable en la enseñanza de la sociología en tanto que facilita profundizar en el conocimiento de los clásicos, de sus teorías y de su contexto.

Con esta obra se logra un acercamiento a los clásicos desde una perspectiva no contemplada hasta el momento; el análisis desde las relaciones de género aporta nuevos datos para comprender qué elementos han sido básicos para la cons-

trucción de sus enunciados y cuales, por el contrario, han permanecido como secundarios e insignificantes en sus formulaciones teóricas.

El contenido de este libro puede agruparse en tres bloques que permiten su análisis de un modo distinto al orden cronológico en que aparecen los artículos en el texto. El primero se refiere a los autores clásicos, a las filosofías y escuelas que han tenido en cuenta la distinción de género y se han posicionado frente a una sociedad desigual; trata el perenne debate entre naturaleza y cultura, razón e identidad, modernidad y postmodernidad. El segundo contempla aquellos autores y teorías que han subsumido el género (femenino) en la familia. Su interés por el individuo se percibe a través de la institución que les sirve de referencia; incluye las teorías funcionalistas, corporativistas y el catolicismo español. Un último bloque (no por ello de menor relevancia) agrupa los artículos referidos al análisis del momento actual y el futuro de la ciencia; trata de los elementos que intervienen en la producción científica, la objetividad y la subjetividad, la conexión entre vida y teoría y, finalmente, fija su mirada en la situación por la que atraviesa actualmente la sociología en nuestro país.

En el primer bloque agrupamos los artículos de Fernández Enguita, que estudia a Marx; Neus Campillo, que analiza la obra de J.S. Mill, y Jesús M. de Miguel, que hace lo propio con la de Simmel; este primer grupo se completa con los trabajos de Rodríguez Ibáñez, que estudia la Escuela de Frankfurt, y de Soledad Murillo, que profundiza en el debate sobre postmodernidad. El segundo grupo lo conforman los artículos de Iglesias de Ussel, Ramón Ramos, José Castillo e Inés Alberdi, que tratan sobre Le Play, Durkheim, Veblen y Parsons, respectivamente, además de los de Carlota Solé, que trata la filosofía del neocorporativismo, y Valentina Fernández Vargas, que se refiere a la tradición católica española. Por último, en un tercer bloque, M. Ángeles Durán aborda el estudio de la ciencia («Mujeres y hombres en el futuro de la ciencia» y «Ortega como pretexto»), González García aprecia la implicación sentimental que rodea la ciencia a través de las obras de Weber, y, para concluir, Gil Calvo, José Jiménez Blanco y M^a Antonia García de León estudian la consideración que tienen los estudios de género en la enseñanza de la sociología y analizan las líneas de pensamiento que rigen esta ciencia en la actualidad.

* * *

Tanto Marx como Durkheim o Weber, así como otros autores considerados «padres» de la sociología, han forjado lo fundamental de sus teorías al margen de las relaciones de género. Es a partir de esa ausencia donde es posible verificar la falta de relevancia que tenían para ellos la actividad y los fenómenos sociales en los que participaba el género femenino. Sus enunciados son androcéntricos, y el comportamiento y modo de vida masculino son tomados, cual sinécdoque, como propios del género humano o del sujeto universal.

El eje de la obra de Marx gira en torno a los asalariados, varones, trabajadores de

las fábricas, en el contexto de la Inglaterra del siglo XIX. La existencia de la mujeres se hace visible cuando se aborda la división social del trabajo. La distinción entre las actividades realizadas por mujeres y por hombres es reducida a la denominada división «natural» del trabajo. La actividad no asalariada, como el trabajo doméstico, queda, con Marx, al margen de todo análisis. Fernández Enguita afirma que el marxismo carece de instrumentos teóricos y conceptuales para abordar las relaciones de género, aunque reconoce, sin embargo, que ha contribuido a impulsar movimientos de liberación de la mujer allí donde ha tenido influencia. La vinculación entre marxismo y emancipación de las mujeres generó un profuso debate en los años setenta que ocupó a feministas americanas y europeas en torno al eje del trabajo doméstico. Un enredado e inacabado debate que llevó a H. Hartmann a calificar la relación entre marxismo y feminismo como de «un matrimonio mal avenido».

A diferencia de otros clásicos de la sociología, el pensamiento marxista no se propone el mantenimiento de la familia y del orden social. Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* se pronuncia por la igualdad de la mujer, anima su participación en la producción industrial como forma de obtener independencia monetaria y considera que tal incorporación lleva aparejada la desaparición de la familia como unidad económica.

Entre los autores clásicos que han tenido cierta influencia en la formación de las ciencias sociales, merece una especial atención la obra de John Stuart Mill. En su *corpus* teórico las relaciones de género tienen un marcado interés. En su obra y su trabajo político se mantiene como objetivo la emancipación del género humano, y en ese sentido defiende la igualdad de la mujer como una condición para el progreso de la humanidad. Pero si sus logros en el campo de la economía le han

hecho merecedor de un lugar destacado en la historia de la ciencia económica no ha ocurrido lo mismo en cuanto a la trascendencia de sus ideas en pro de la igualdad de géneros. Neus Campillo destaca en la obra de Mill el criterio de igualdad, propio de la modernidad, y lo relaciona con el reciente debate postmoderno, donde los valores de los géneros femenino y masculino se vinculan a su naturaleza. Mill relaciona las actitudes y los comportamientos femeninos con la educación diferenciada que las mujeres reciben, es decir, los vincula con los valores culturales que la sociedad otorga a los géneros.

Simmel, por el contrario, no se pregunta el porqué de los distintos comportamientos entre géneros, sino que afirma la existencia de culturas diferenciadas entre mujeres y hombres. Simmel plantea que la cultura femenina es subjetiva, pues «es propia de las mujeres» y, a la vez, es subsidiaria de la masculina, que es la dominante. El sociólogo alemán considera que la construcción de una cultura femenina es posible porque las mujeres pueden disponer de peculiaridades e instrumentos culturales distintos que los hombres y además advierte que tal creación supone la renuncia a participar en la cultura que actúa como dominante. Como señala Jesús de Miguel, Simmel es de los primeros autores capaces de reconocer el carácter dominante de lo masculino. Sin embargo su análisis de género le lleva a identificar lo femenino con lo subjetivo y carente de razón, fortaleciendo de esa manera una dicotomía que distancia cada vez más las relaciones entre géneros.

Los ideales de razón y educación para el conjunto de la población forjados en la modernidad no se generalizan al género humano a pesar de haber sido presentados con vocación universalizante. Como Adorno y Horkheimer se encargan de demostrar, el concepto ilustrado de Razón está aliado al poder y a la dominación. Rodríguez-Ibáñez muestra como los autores de la Escuela de Frankfurt rompen con

el mito de la razón y evocan, a su vez, a la mitología griega como fuente de pensamiento, de recreación, donde están comprendidos los elementos de debate sobre los que discurre buena parte del conocimiento de la humanidad.

Las críticas a la modernidad construyen el discurso de la postmodernidad. La primera receta —alega Soledad Murillo— es «olvidar la Ilustración», después, derogar al sujeto. Frente a la razón ilustrada los postmodernos proponen el concepto de identidad basado en la diferencia. Frente al sujeto masculino de la modernidad se impone el concepto de feminidad (que resulta de cierta utilidad para la corriente del feminismo que aboga por la diferencia de géneros). La polémica recuerda los postulados de Mill, en su discurso de la igualdad, y de Simmel, en su defensa de una cultura femenina, diferente y alternativa de la masculina y dominante. La construcción de un sujeto universal, por el que se pronuncia Murillo, no se ve favorecido por un posicionamiento femenino diferenciado, alejado de la cultura dominante, sino que deriva de su conquista. Lo que en palabras de Celia Amorós sería «apropiarse de la definición misma de universalización que hace el sujeto que se autoconstituye en sujeto universal».

* * *

Lejos de considerar la categoría de sujeto, el concepto de individuo o las proclamas de igualdad impulsadas por la modernidad, la mayor parte de los inspiradores de la sociología del siglo XIX como Comte, Durkheim o Le Play optan por plegarse a posiciones tradicionales, de mantenimiento del orden social, que, en lo que se refiere a materia de géneros, tienen su reflejo en la sujeción de la mujer y en la defensa de la institución familiar como espacio propio del género femenino.

La obra de Durkheim, como la de la mayoría de los clásicos, se construye no

sólo obviando la presencia femenina en la sociedad, sino, incluso, a pesar de ella. Durkheim, como pone de relieve Ramón Ramos, ignora el comportamiento diferencial de las mujeres frente al suicidio y no repara en acudir a explicaciones fuera de lo social —contraviniendo su enunciado de explicar lo social por lo social— otorgando causa de naturaleza a los hechos sociales vinculados al género femenino. Ramón Ramos presenta la obra de Durkheim críticamente pero sin juzgarla y nos advierte de lo anacrónico que resulta enjuiciar hoy, desde nuestros valores, a un clásico de hace un siglo. Sin embargo, en el tiempo de Durkheim, aunque la corriente mayoritaria de pensamiento fuera conservacionista, también hubo voces de pensadores que se alzaron para exponer sus proclamas igualitarias (Poulain de la Barre y J. S. Mill, entre otros) que tanto el sociólogo francés como otros autores de su época prefirieron desoír. La revisión crítica de los clásicos, contextualizando sus escritos, es una valiosa fuente de conocimiento y el grado de discrepancia que de hecho generan sus textos tiene que ver con la valoración de las consecuencias que conllevan sus enunciados, o, dicho de otra forma, sobre cómo ha afectado el contenido de sus teorías a la sociedad de géneros.

Para Le Play la sociedad se compone de familias y no de individuos. El rol de las mujeres carece de significado si no es para fortalecer las funciones que ha de tener la institución familiar, tanto en su vertiente económica como en la política, es decir, como mantenedora y estabilizadora del orden social. Para cumplir dichas funciones la familia debe regirse por dos principios: los mandamientos de la Iglesia y la autoridad paterna. Las mujeres en ese contexto quedan subordinadas a la doctrina religiosa y a la jerarquía del varón. Iglesias de Ussel, que estudia a Le Play, como hiciera Ramón Ramos al hablar de Durkheim, sitúa a este autor en su tiempo y declara que en lo relacionado con el

análisis de género Le Play es tan tradicional como lo fueron los demás padres de la sociología en su época. Con todo y por extendidas que estuvieran sus ideas, no obsta para que ambos sean alineados entre los anclados en un pensamiento estático y opuesto al cambio.

Desde la teoría funcionalista Parsons defiende el papel de la familia como unidad básica para el mantenimiento de la sociedad. Aunque reconoce que la institución familiar ha perdido la función productiva que tuviera antaño, considera que mantiene su función de consumo. El cumplimiento de la finalidad a la que se asocia la familia sólo es posible con la división de roles entre los miembros que la componen. De esta manera, los hombres han de cumplir con un rol instrumental que tiene que ver con su responsabilidad en el mantenimiento de la familia, y a las mujeres les corresponde un rol expresivo relacionado con la atención y el cuidado de los niños. La división del trabajo en función del género es un principio explicativo que se mantiene constante en muchos de los autores que participan en la formación de la teoría sociológica. Pero donde tal división adquiere una relevancia y un tratamiento singular es entre los funcionalistas. Parsons, como señala Inés Alberdi, eleva la diferenciación de tareas entre géneros a la categoría de requisito funcional del sistema social sin ser consciente del trasfondo androcéntrico que está detrás de sus argumentos.

Veblen, por su parte, no se queda atrás en aportar argumentos para la dicotomía de géneros. En su obra más conocida, *La teoría de la clase ociosa*, abunda en la idea de excluir a la población femenina de la producción y del trabajo. Al menos en lo que se refiere al colectivo que él estudia: las mujeres burguesas americanas de finales del siglo XIX. A Veblen se le reconoce el mérito, como señala José Castillo Castillo, de proporcionar elementos para polemizar sobre un sector privilegiado de la sociedad en la que le tocó vivir. De

acuerdo con su posición, el disfrute del ocio es el estado que mejor se asocia con el colectivo de mujeres citado. Afirma, eso sí, que el ocio femenino no es sino una muestra del prestigio del varón, lo que relega a las mujeres a la situación de objeto. De esta manera, Veblen da un paso más en la separación de los géneros en base a la dicotomía entre actividad e inactividad.

La familia es presentada por el movimiento católico español como uno de los pilares básicos en los que se sustenta la sociedad. La división del trabajo era la garantía del mantenimiento de los valores sociales que se trataban de imponer. Las mujeres, alejadas del taller y de la fábrica, tenían como destino el hogar, donde sus obligaciones quedaban definidas por su rol como esposa y madre. La identificación del pensamiento católico con el régimen que ha prevalecido en el reciente pasado de la historia española ha contribuido a fortalecer, como señala Valentina Fernández Vargas, la relación diferenciada de lo femenino y lo masculino con lo privado y lo público respectivamente.

A diferencia de los autores considerados hasta ahora, los teóricos del corporativismo no prestan atención a la división del trabajo entre géneros; su finalidad reside en la búsqueda de la máxima utilidad. Para ello, y en esto se asemejan a sus coetáneos, destacan la trascendencia de la institución familiar como entidad que puede contribuir a lograr los intereses buscados. El corporativismo tiene de hecho variadas acepciones: es considerado tanto como modelo de sociedad, como modo de producción o como estructura política; algunos lo relacionan con la racionalización de la sociedad a la que aludía Max Weber y otros, desde postulados marxistas, valoran que no es sino un nuevo proyecto achacable a la clase burguesa para la acumulación de capital. Carlota Solé destaca que la distribución de tareas en la familia carece de atención en esta teoría;

el trabajo doméstico tiende a ser trabajo mercantilizado, mediado por las leyes del mercado y del intercambio; según esta perspectiva, trabajo doméstico y extradoméstico son complementarios, independientemente de quien los haga, y su realización tiene como finalidad la cooperación dentro del grupo familiar.

* * *

Las reflexiones en torno a la ciencia reúnen los escritos recogidos en este tercer bloque. La concepción tradicional de la ciencia, como señala M. A. Durán, está empezando a ser cuestionada tras la constante incorporación de investigadoras al trabajo científico. Lo subjetivo, los sentimientos, tantas veces asociados a lo femenino, son componentes inseparables del quehacer científico. El sugestivo artículo de González García sobre Weber así lo atestigua. El hecho de que en la elaboración científica se busque la objetividad no significa que en ella no intervengan elementos subjetivos. Cada vez es más evidente que cada autor o autora escribe desde sus propios condicionantes y entre ellos el género destaca sobremanera. El bagaje sociológico que hemos recibido viene ofertado desde la contribución de sus autores a la universalización de la ciencia. Sin embargo, los análisis de género muestran que tal contribución está sesgada por una visión androcéntrica de la realidad social. Así lo recoge M. A. García de León, que muestra como dicho enfoque está presente tanto en los manuales de sociología como en la estructura y en las áreas de poder en que se asienta la universidad actualmente.

La utilización del lenguaje es otro de los aspectos en los que se manifiesta el androcentrismo de la ciencia. M. A. Durán hace notar que Ortega y Gasset, gran conocedor de la mediación de la lengua y el habla en el proceso de conocimiento, utiliza términos expresados en masculino que, en ocasiones, incluyen a

ambos géneros pero en otras es preciso adivinar si se produce tal inclusión o si, como ocurre a menudo, lo femenino está excluido. Conscientes de este aislamiento, las mujeres, como dice Durán, no pueden incorporarse y participar de una manera acrítica en la cultura.

La democratización de la ciencia es un requisito para la participación igualitaria de las mujeres en ella. Como señala Jiménez Blanco, es preciso que la ciencia se democratice y que cada género tenga en ella la expresión de su singularidad.

En la enseñanza de la sociología se produce actualmente un vacío respecto al tratamiento de la sociedad de géneros. Así lo señala Gil Calvo que critica, además, la base discursiva sobre la que, a su parecer, se mantiene el debate sobre las relaciones de género. En su opinión este debate se queda en la palabra, en lo académico. Pero conviene, sin embargo, recordar que la implantación de los estudios de género en la Universidad no es una empresa acabada; ha costado, y está costando, un gran esfuerzo. El resultado de esa trayectoria se inscribe en el consenso pero no es ajena al conflicto. Por otro lado, los «Women's Studies» trascienden lo académico y tienen su expresión práctica en otros campos como la política o la vida cotidiana. El feminismo

como movimiento social que, dentro y fuera de los muros universitarios, recoge las aspiraciones de cambio social favorables a las mujeres se inscribe en la historia del conflicto vivida en nuestro país en los últimos años.

En conjunto, este libro es una reflexión sobre la ciencia, sobre como trabajaron los clásicos y sobre como se sigue construyendo hoy la teoría sociológica. No es una mirada fija o estática al pasado sino que presenta un potencial dinámico. Se analiza cual ha sido el objeto y cuales los objetivos sobre los que han trabajado los autores que han contribuido a crear la sociología. Y, finalmente, en el para qué de estas reflexiones, en su finalidad, hallamos su estímulo, su espíritu dinámico. El análisis de las relaciones de género conlleva un germen de cambio dentro del panorama actual de la sociología. Retomando las palabras de la editora de esta publicación nos quedamos con una frase: «[...] la sociología ha participado desde sus inicios en una vocación humanista y liberadora que la sitúa por encima del mero saber tecnocrático» que expresa mejor que ninguna otra el sentir y la aspiración de este texto.

Cristina García Sainz
Universidad Complutense de Madrid

TARROW, Sidney. *El poder en movimiento. Movimientos sociales, acción colectiva y política*. Madrid: Alianza, 1997

Frente a las explicaciones centradas en la sociedad civil para dar cuenta de las acciones gubernamentales y la actividad política en general —rasgo compartido por los paradigmas estructural-funcionalista, pluralista e incluso marxista en alguna de sus versiones—, en el curso de las últimas décadas las ciencias sociales han asistido

a una avalancha de estudios aglutinados en torno al proyecto de «recuperar el Estado» como actor autónomo capaz de configurar e influir en los procesos sociales. En el campo de estudio de los movimientos sociales, el proyecto de recuperación del Estado como variable explicativa del acontecer social ha cristalizado

en el denominado «enfoque del proceso político». La intuición fundamental de dicho enfoque es que la configuración organizativa y las pautas de actividad del Estado afectan a la formación, organización y éxito eventual de las organizaciones de un movimiento social y, por extensión, a los movimientos sociales en su heterogéneo conjunto. En el curso de los últimos años, son cada vez más los estudiosos que se aproximan a la acción colectiva desde este punto de partida. Fruto de ello es que ahora disponemos de un amplio abanico de pormenorizados estudios acerca de movimientos como el urbano, el ecologista, el de los derechos civiles de la minoría afroamericana, el pacifista y antimilitarista, el feminista o el antinuclear.

Uno de los autores que más se ha destacado en investigar el contexto político en el que se desenvuelven los movimientos sociales ha sido el politólogo norteamericano Sidney Tarrow. En la obra que reseñamos, *El poder en movimiento*, Tarrow culmina una dilatada trayectoria profesional dedicada al estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva caracterizada por fijar su atención, no en factores culturales e identitarios (el énfasis preferido por los estudiosos europeos, como Touraine y Melucci), ni tampoco en la disponibilidad y gestión de recursos para la acción (subrayado característico del enfoque organizativo de la teoría de la movilización de recursos, representada por Zald y McCarthy), sino en factores de naturaleza política en cuanto principales factores precipitantes de la acción colectiva.

La obra arranca con una breve introducción en la que define a los movimientos sociales como «desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las élites, los oponentes y las autoridades» (p. 21). Cuatro son, por consiguiente, las propiedades de los movimientos sociales: un

desafío colectivo, objetivos comunes, solidaridad mutua e interacción sostenida con oponentes. En dicha interacción sostenida entre pares de actores (movimientos, por un lado, y destinatarios —políticos— de las demandas, por otro lado) tiene un papel clave lo que desde el enfoque del proceso político se denomina la «estructura de oportunidad política». La EOP hace referencia a «las dimensiones congruentes —aunque no necesariamente formales o permanentes— del entorno político que ofrecen incentivos para que la gente participe en acciones colectivas al afectar a sus expectativas de éxito o fracaso» (p. 155). Es decir, que frente a otras aproximaciones para el estudio de los movimientos sociales que intentan responder al «cómo» (caso del enfoque organizativo de la teoría de la movilización de recursos) o al «porqué» de la acción colectiva (caso del enfoque de los «nuevos» movimientos sociales), el enfoque del proceso político, sirviéndose del concepto de EOP, aborda la cuestión del «cuándo». Así, afirma Tarrow operacionalizando el concepto de EOP, cuando las posibilidades de participación en la vida política se incrementan (sobre todo con ocasión de la celebración de elecciones), cuando se producen cambios en las coaliciones de gobierno, cuando hay disponibles aliados en la estructura institucional del Estado (en especial partidos políticos) dispuestos a servir de vehículo de las reivindicaciones de la sociedad civil o cuando emergen conflictos entre las élites políticas, entonces se puede afirmar que los movimientos disfrutan de una coyuntura favorable para emprender la acción colectiva en pos de sus reivindicaciones. Cualquier agregación de estos factores no sólo favorece sino que también multiplica las posibilidades de que un movimiento social recurra a la acción colectiva para ver incorporadas sus demandas en el proceso político. Al operacionalizar el concepto de EOP en las cuatro variables

señaladas, Tarrow consigue descender al plano empírico y dotar al enfoque del proceso político de un potencial operativo del que carecen otras aproximaciones, razón ésta, sin duda, que explica la popularidad de la que goza el enfoque del proceso político entre los estudiosos de los movimientos sociales.

Además de explicar el «cuándo» de la acción colectiva, una EOP que se abre o se cierra según las variables mencionadas proporciona el contexto más productivo para enfrentarse a cuestiones tan controvertidas en la teoría sobre movimientos sociales como son el «enmarcado» (*framing*) o la «movilización de estructuras». La EOP adquiere, de este modo, la primacía explicativa dentro del enfoque del proceso político, por encima de otros rasgos de carácter económico o social: «lo que varía ampliamente con el tiempo y lugar son las oportunidades políticas, y los movimientos sociales están más íntimamente relacionados con los incentivos que éstos ofrecen para la acción colectiva que con las estructuras sociales o económicas subyacentes» (p. 148).

Otro concepto típico del enfoque del proceso político, introducido en el campo de estudio de los movimientos sociales por Tarrow, es el de «ciclo de protesta». Algunos ejemplos de momentos en los que la protesta se generaliza a lo largo y ancho del tejido social hasta constituir un ciclo de protesta son la Revolución de 1848, las revueltas estudiantiles de la década de los sesenta o las «revoluciones terciopelo» en la Europa del Este a finales de los ochenta y principios de los noventa. Según la definición de Tarrow, un ciclo de protesta es «una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados; un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación; marcos nuevos o transformados para la acción colectiva; una combinación

de participación organizada y no organizada, y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión y, a veces, en una revolución» (p. 263-264). De nuevo, la variable explicativa fundamental del surgimiento de un ciclo de protesta es la apertura o cerrazón de la EOP según las variables mencionadas anteriormente.

Otro rasgo digno de destacar de la obra de Tarrow es la atención que presta a la historia. En concreto, un bloque, el primero, está dedicado a la formación del movimiento social «nacional» durante el siglo XVIII en Europa y los EE.UU. Fue entonces cuando el repertorio de acción colectiva (esto es, el conjunto de medios de que dispone un grupo para plantear sus reivindicaciones) surgió como resultado de los desafíos al Estado en proceso de consolidación. Las nuevas formas de asociaciación y de comunicación también resultaron de capital importancia para la difusión de un nuevo repertorio de acción nacional, autónomo y modular (en el que destacan modos de acción como las huelgas o las manifestaciones) llamado a sustituir al repertorio localista típico de la era preindustrial (en el que destacaban modos de acción como los motines de subsistencia, las apropiaciones de cosechas o las ocupaciones de tierras). Informando históricamente a su análisis de este modo, Tarrow se encuentra en disposición de enfrentarse a las críticas de los historiadores, que en tantas ocasiones (no sin parte de razón) han acusado a los sociólogos y politólogos de ignorar la historicidad de los procesos sociales, tal y como se ha manifestado, por ejemplo, con ocasión del debate sobre la novedad de los «nuevos» movimientos sociales.

A menudo, los autores del proceso político dan la sensación de concebir los movimientos sociales de un modo casi determinista, es decir, que parecen considerar las manifestaciones de acción

colectiva como el producto inevitable del contexto político, y que los movimientos deben considerar dicho contexto como un dato inmutable en sus cálculos estratégicos a corto plazo¹. Tarrow se sacude ese determinismo y resuelve, a nuestro juicio, mejor que otros autores el dilema de la relación entre estructura y agencia al defender que, efectivamente, la EOP influye en la suerte de los movimientos, pero que éstos pueden asimismo inducir alteraciones sustanciales en su EOP particular como resultado de su propia acción (p. 148 y 173). Es decir, que los movimientos sociales no son meras «víctimas» de la EOP que les rodea, sino que también crean nuevas oportunidades para ellos y para otros movimientos gracias a su acción deliberada, transformando de este modo la configuración específica de la EOP.

Sin duda, el enfoque del proceso político representado entre otros por Tarrow ha contribuido a revitalizar aún más un campo de estudio que vive un dinamismo como pocos en las ciencias sociales. Sin embargo, dicho enfoque presenta algunas fallas que se reflejan de modo meridianamente claro en la obra de Tarrow. En particular, y tal vez sea éste el déficit más notable del modelo propuesto por Tarrow, apuntar a la interacción sostenida entre actores colectivos y autoridades como el rasgo definitorio de los movimientos sociales (ver definición; p. 167) delata un sesgo hacia las autoridades que muy bien puede ser interpretado como un «reduccionismo político». Este reduccionismo o sobrecarga políti-

ca oscurece otras dimensiones de la acción colectiva que no son fácilmente reducibles a la confrontación con las autoridades, como por ejemplo la creación de modelos culturales alternativos a los dominantes, los cambios en la opinión pública o las transformaciones en el universo del discurso político. Es decir, que el enfoque del proceso político representado entre otros por Tarrow soslaya el hecho de que los movimientos sociales pueden interactuar no sólo con las autoridades, sino también con la sociedad civil dentro de una estrategia concebida para ejercer una influencia indirecta en la sociedad política a través de la influencia en la sociedad civil. Así, por ejemplo, los logros de movimientos como el ecologista en transformar los estilos personales de vida (hábitos de producción y consumo, relación con el medio ambiente, empleo del ocio, etc.), la actitud de la opinión pública con respecto al medio ambiente o la renovación de la agenda de los partidos políticos son ignorados por el enfoque del proceso político. No obstante, esta crítica no obsta para que el enfoque del proceso político defendido por Tarrow aporte un utillaje conceptual y un acercamiento a los movimientos sociales que ha de dar lugar (lo ha hecho ya) a notables avances en la comprensión de estos agentes colectivos que son los movimientos sociales.

Jesus Casquette

Universidad del País Vasco/
Euskal Herriko Unibertsitatea

1. Por ejemplo, KRIESI, H. (1992). «El contexto político de los nuevos movimientos sociales en Europa Occidental». En BENEDICTO, J.; REINARES, F. (eds.). *Las transformaciones de lo político* Madrid: Alianza.

DÍAZ MARTÍNEZ, Capitolina. *El presente de su futuro. Modelos de autopercepción y de vida entre los adolescentes españoles*. Madrid: Siglo XXI, 1996.

En el encabezamiento del prefacio de su conocida obra *Clases*, recoge Erik Olin Wright una recomendación familiar que debió crear un, al parecer, precepto indeleble en su trabajo académico: «Debes aprender —dice Beatrice A. Wright— a escribir de tal forma que a tus críticos les sea lo más fácil posible saber por qué están en desacuerdo contigo». Pues bien, y aunque aquí no se trate de desacuerdo, es de destacar, en el mismo comienzo de la crítica del libro, lo de agradecer que resulta la buena escritura para un trabajo evaluador, siendo el caso de una autora que domina las artes comunicativas al nivel de poder presentar juntos, con tanta fluidez y rigor expositivo como claridad, áreas tan complejas y distantes como la psicología social, la educación, el análisis metodológico cualitativo y la cibernética de segundo orden. Todo ello, adobando un tema tan crucial como el de la transición de la niñez a la juventud y edad adulta. Probablemente, junto a su capacidad comunicativa, ha sido el amplio currículo de su autora, Capitolina Díaz, PhD en Sociología por la Universidad de Londres y profesora de ese área en la Universidad de Oviedo, con amplia trayectoria docente en nuestro sistema educativo, lo que le ha permitido afrontar tan ardua empresa con las garantías de éxito que hoy se constatan. Si bien, una pega inicial se le podría poner a ese empeño exitoso: lo críptico de la primera parte del título, que hace que haya que leerse prácticamente todo el libro para, como en las novelas, llegar a entender la relación causal que la autora pone entre el presente y el futuro de los adolescentes vía, descubrimos, los modelos de autopercepción. Aunque tampoco deja de ser un acicate, a modo de celada, para su lectura

En efecto, el propósito declarado del estudio es definir, analizar y operativizar el concepto de *sistemas de autopercepción*, mediante el estudio de la relación entre las *autopercepciones*, o formas en que un centenar de adolescentes madrileños entre los 13 y 14 años se ven a sí mismos y al mundo que les rodea, y su rendimiento académico. El hilo conductor del trabajo es que esos chicos y chicas son *agentes sociales autónomos que definen sus estrategias educativas de acuerdo con sus expectativas personales*. Para ello, la autora trata de valerse de una metodología, el *análisis sociosemántico*, una combinación del análisis de contenido, el Q-análisis y el escalamiento multidimensional no métrico, que intenta salvar la distancia entre las tradiciones cuantitativa y cualitativa. Pero vayamos por partes y veamos en qué consisten cada una de los seis capítulos en que se divide el libro.

El trabajo comienza fuerte, situándose, a modo de suculento aperitivo, contra la *ingenua filosofía compensatoria y el fatalismo cultural* y a favor de lo que llama, como declaración de principios, *motivación socioeducativa*. En el transcurso, pasa revista a las teorías que tratan de explicar el fracaso relativo de la educación de masas como instrumento de nivelación social: la deficiencia cultural, la reproducción y el relativismo cultural. Teorías a las que contraponen la visión de los individuos como *sistemas socioculturales de autopercepción*, susceptibles, por tanto, de un potencial para la autorrealización y la innovación cultural a desarrollar a través de la educación. Un desarrollo en el que, quizás, fuese posible apreciar un cierto voluntarismo, pero que, ciertamente, significa un avance sobre las perspectivas de la resistencia y de la producción cultural.

En el capítulo 2 aporta los fundamentos teóricos, o *nociones heurísticas*, de la investigación, que tienen su origen en el pensamiento sistémico, en sus acepciones clásicas y recientes, así como en la cibernética de segunda generación, que se extiende desde Geyer y Zouwen a Varela y Maturana. Orígenes que confluyen en una analogía biosocial, que constituye un acercamiento interesante entre sociología —especialmente la de tipo interpretativo— y biología, y que, obviamente, no deja de estar preñado de problemas. Unos problemas que derivan, tanto de los temores históricamente fundados al maridaje entre ambas ciencias, como de lo reciente e incipiente del intento. En un sentido tranquilizador actúa el paralelismo existente entre la metáfora que establece Maturana entre organismos vivos y sociales y el organicismo alemán que fecundó en Durkheim. O, igualmente, el ver como Weber o Mead vienen a la memoria cuando se lee sobre clausura organizacional e individual. En todo caso, y al César lo que es del César, *la cibernética moderna* —dicen Geyer y Zouwen en el libro— *hace posible salvar la separación micro-macro en el pensamiento científico social entre el individuo y la sociedad entre la libertad y el determinismo*.

El capítulo 3 está dedicado a definir el concepto, central en todo el estudio, de *sistemas de autopercepción*, comparándolo con otras nociones psicológicas y sociológicas con él relacionadas: autoconcepto, autorreferencia, autoestima y *habitus*. En ese sentido, su lectura es harto interesante y provechosa, derivando en la idea de que los individuos sociales son sistemas sociales autónomos, que se valen de la autoexpresión como forma de acceso a la autopercepción. Sistemas que son susceptibles de agruparse en su analogía en *modelos de autopercepción* o formas abstractas típicas de un conjunto de sistemas individuales de autopercepción.

Con el capítulo 4 comienza la descripción de la *parte empírica de la inves-*

tigación, desde su diseño hasta su realización empírica, que se continúa en el capítulo 5 y termina con el análisis de los modelos de autopercepción del capítulo 6 y último. Es una parte del trabajo que alcanza niveles importantes de complejidad y puede verse en muchos momentos como un verdadero manual de metodología cualitativa, en lo que al análisis de las técnicas utilizadas particularmente se refiere. La muestra está constituida por 118 estudiantes del último curso de la desaparecida EGB, de cuatro colegios públicos de distintos barrios de Madrid. La recogida de datos se llevó a cabo mediante una redacción que, durante una hora, pudo realizar cada uno de estos estudiantes sobre «cómo te ves a ti mismo/a como joven, como persona de mediana edad y como anciano/a». A lo largo de la exposición metodológica, se compara la técnica de la redacción con otras similares, como el grupo de discusión, y se estudian los diferentes métodos utilizados en las etapas de la investigación: 1) el análisis de contenido de la información proporcionada por las redacciones; 2) el análisis sociosemántico de los datos generados anteriormente, y 3) el análisis interpretativo. De igual manera, la autora estudia en profundidad los posibles problemas epistemológicos y metodológicos que pueden presentar las técnicas de análisis utilizadas (homogeneidad, relevancia, fiabilidad...); consiguiendo gran rigor y brillantez a lo largo de estas páginas, a pesar de lo denso de la escritura y el lenguaje abigarrado y difícil a que obliga el alto grado de abstracción discursiva. Explica, igualmente, el proceso de conversión de las palabras significativas que destacan en los textos escritos en conceptos y de éstos en categorías analíticas, con las que ha utilizado como Q-análisis un JACCARD o coeficiente de similitud, constituyendo los valores de proximidad y el *input* para el escalamiento multidimensional.

Su resultado se recoge en unos *gráficos sociosemánticos* de los que la investigadora deduce, usando su intuición semántica, tres *modelos de autopercepción*.

1. el *profesional*, mayoritario y que acoge al 42 % de la muestra, caracterizado por la enorme importancia que presta a la autorrealización profesional;
2. el *familiar*, minoritario (27 % de la muestra) y eminentemente masculino, en el que resalta el sentimiento de pertenencia a una familia;
3. el *dual* o conflictivo, eminentemente femenino.

El modelo profesional tiene, a su vez, dos submodelos: el ejecutivo, que incluye la posibilidad de un futuro en torno a una familia tradicional y donde predominan los chicos, y el progresista, que excluye esa posibilidad y en donde predominan las chicas. Quizás se pueda ver una desproporción entre el generoso tratamiento teórico y metodológico del trabajo, la profusa erudición que dedica a la presentación del marco teórico y al análisis de los instrumentos metodológicos, con la reducida extensión dedicada al análisis de los modelos de autopercepción, objetivo al fin y al cabo del estudio, para el que la conducta futura de esos estudiantes dependerá fundamentalmente de esos sistemas de autopercepción, que constituyen la base para su toma de decisiones y de su acción social. También, y aunque está suficientemente justificada su necesidad, no dejan de parecer excesivas las intermediaciones (proceso de homologación conceptual, reducción del número de sujetos y de categorías) entre los datos tal y como salen de las redacciones y el *input* que entra finalmente en el ASCAL del SPSS del ordenador, concediéndosele a la intuición semántica investigadora (¿se trata acaso de una versión racionalizada del «ojo clínico» del profesional de la medicina?) un intervencionismo que pudiera parecer excesivo y susceptible de

incorporar sucesivos sesgos y capas de error a lo largo del proceso reflexivo, sobre todo cuando éste se presenta como cualitativo.

Pero, si el libro comienza con valentía, no termina de peor guisa, debiendo valorarse el arrojo e interés de afrontar las posibles implicaciones prácticas en unas apretadas y oportunas conclusiones, en las que su autora, Capitolina Díaz, retoma la idea de la *motivación socioeducativa* y la propone como base de un intento bienintencionado de superar los efectos negativos que el proceso escolar tiene en el sistema de autopercepción; aventurando una escolarización exitosa cuando se produzca el acoplamiento estructural entre el proceso educativo y el sistema de autopercepción del estudiante. Tal propuesta viene a resolver de manera favorable la tensión antes creada entre responsabilizar a los sujetos individuales de procesos sociales de mayor magnitud, al hacer recaer en esos sistemas individuales de autopercepción el resultado o logro académico y vital, y el potencial que les abre para la autorrealización y la innovación cultural que pueden desarrollar a través de la educación. Probablemente, una teoría del poder explicaría mejor y completaría la asimetría entre los elementos auto y heteromorfos que condicionan la acción social.

Completa el libro una amplia bibliografía, cuidada en lo temporal y conceptual, junto con un bien elaborado índice analítico. De manera que, valorado en su conjunto, el trabajo recogido en el volumen aparece suficientemente interesante para conceder a su adquisición, conocida su original redacción lingüística, la expresión tan cara a los ingleses de *good value for money*, pues pocos trabajos tienen en su lectura más aprovechamiento, tanto en lo sustantivo como en lo metodológico, que el libro comentado.

Antonio Guerrero Serón
Universidad Complutense de Madrid

APPLE, Michael W. *Política cultural y educación*. Madrid: Editorial Morata, 1996.

¿De qué lado estás?

Desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial la sociología de la educación ha experimentado un importante desarrollo en el mundo anglosajón, así lo demuestra la numerosa producción teórica y empírica, y la influencia que ha ejercido en el resto de países industrializados.

En 1970 se produjo un punto de inflexión. En ese momento apareció en Inglaterra «la nueva sociología de la educación», coincidiendo con la obra colectiva *Knowledge and control*, editada por F.D. Young, en un contexto de crisis política, social y educativa, que aglutinó todas las posiciones críticas del paradigma dominante, el funcionalista. Las nuevas tendencias abandonaron los planteamientos excesivamente ambiciosos, de carácter monoparadigmático, que desde los clásicos pretendían unificar epistemológicamente bajo un solo punto de vista la disciplina.

Michael W. Apple es un sociólogo norteamericano, ubicado en las corrientes neomarxistas, que por su trayectoria forma parte de esta «nueva sociología de la educación»; autor de varios libros, *Ideología y currículum* (1979), *Educación y poder* (1982), *Maestros y textos* (1988), *El conocimiento oficial* (1993), en los que ya se recogen las teorías de la resistencia y de la producción cultural.

Apple, junto a Giroux, Anyon y Willis, ha reaccionado firmemente contra el reduccionismo determinista de las teorías de la reproducción, desarrolladas por Bowles y Gintis y contra el estructuralismo althusseriano. Estas teorías relegan a los seres humanos a un modelo pasivo de socialización y sobrevaloran la dominación de las estructuras sociales sobre la acción humana. Así mismo, ignoran las contradicciones y formas de resistencia,

tanto individuales como grupales, que genera todo poder o coacción. Si la reproducción de la sociedad se lleva a cabo en un proceso de dominación unidireccional, a través de la cultura escolar, para romper el círculo vicioso, es necesario conocer cómo se lleva a cabo el proceso de transmisión cultural para, a partir de ahí, poder modificarlo, haciendo, de esta forma, hincapié en la resistencia de los agentes activos del sistema educativo.

El trabajo de Apple intenta combinar, desde una perspectiva teórica, el análisis micro de la nueva sociología de la educación, basada especialmente en los resultados del marxismo etnográfico, con la teoría macrosociológica de la reproducción.

Las teorías de la resistencia y de la producción cultural señalan que los individuos no son meros juguetes sometidos a las fuerzas que se mueven por encima de sus cabezas, sino actores de las relaciones sociales, sujetos capaces por igual de aceptar, modificar o resistir los imperativos estructurales.

Las escuelas tienen una dinámica propia enraizada en la lucha en el terreno de la ideología, por tanto hay que rechazar que la escuela sea un mero reflejo de un centro de trabajo. Este análisis pone el énfasis en la autonomía de las escuelas, en su rol crucial de reproducción de las ideologías, y en las relaciones sociales. La enseñanza debe ser considerada como una esfera cultural activa que funciona a la vez sosteniendo y resistiendo a los valores y creencias de la sociedad dominante.

Un tema al que este autor ha dedicado bastante atención, ha sido la producción y consumo de los libros de texto, la economía política de los libros de texto. Ligando el tema de los recursos con el profesorado, establece la relación entre la proliferación del uso del libro de texto y

otros sistemas de fichas y enseñanza programada con la intensificación del trabajo docente y su descualificación, al limitar su autonomía y capacidad de control de la relación entre la concepción y la ejecución del trabajo escolar.

Apple ha utilizado las teorías interaccionistas y la etnografía, manteniendo la idea básica de poner en el centro del análisis la actividad de los sujetos, su capacidad de aceptar, resistir o mediar la dinámica estructural, pero buscando la base de sus estrategias en los vínculos con su cultura de clase, étnica o de género.

A Michael Apple se le ve venir. A estas alturas de su trabajo nadie duda —él mismo ya se encarga de dejarlo bien claro— en situarle del lado de los críticos, de los que desechan el reduccionismo economicista para el análisis de la educación y se inclinan por un difícil compromiso contextualizador —¿qué ocurre fuera de las escuelas con las relaciones económicas y de clase, raza y género?— a la vez que realista —¿qué, quién y cómo se enseña realmente dentro de las escuelas?—. De hecho, nada más comenzar *Política cultural y educación*, vuelve a la carga: «el mundo de la educación y otros por el estilo no son meros textos. Fuera hay realidades firmes, realidades cuya fuerza se basa, a menudo, en relaciones estructurales que no son simples construcciones sociales creadas por los significados que les otorga un observador. Me parece que nuestra tarea consiste, al menos en parte, en no perder de vista estas firmes realidades en la economía y el Estado, aunque, al mismo tiempo, reconocemos los peligros de la esencialización y de los análisis reduccionistas».

Pues bien, si esto —entre otras cosas— es lo conocido de Apple, ¿qué nos encontramos de nuevo en este último libro suyo traducido al castellano? Lo novedad es que ahora es él quien nos devuelve la pregunta a cada uno de los actores del mundo educativo: ¿de qué lado estás? Para Apple los lados posibles entre los

que optar están claros, aunque se presenten bajo formas distintas, y sólo son dos: o se está con y por la educación crítica o en contra de ella. No hay posibilidad de no estar de ningún lado. Lo que Apple plantea como una amenaza, la restauración conservadora, no sólo está ahí sino que crece y busca nuevos espacios en los que desarrollarse, y, en su opinión, podemos encontrarnos en la extraña situación de haber sucumbido a los encantos de la alianza neoliberal y neoconservadora sin llegar a saber cómo. Y si urgente es ubicarse —¿dónde estoy?—, lo importante es tomar partido —¿hacia dónde me dirijo?

Apple dedica este nuevo libro a revisar las amenazas que acechan a la educación crítica. En su opinión, el contexto educativo norteamericano es inequívoco: aumento de las desigualdades, confirmación del momento hegemónico, propagación de la ideología conservadora —privatización, centralización, orientación hacia las profesiones y diferenciación— en un ejercicio de restauración, consideración de la justicia social en términos de mercado, etc. Pero al mismo tiempo le parece evidente la existencia de identidades de oposición que, bajo formas culturales emergentes y/o residuales, están fuera del alcance de las pautas dominantes.

Hay que reconocerle a Apple su insistencia en que hay razones —y pruebas— para el optimismo. En su opinión, nunca han dejado de darse condiciones para la antihegemonía, sólo es cuestión de saber en cada momento cuáles son y dónde encontrarlas. Ahora mismo, sostiene, esas condiciones van unidas a la existencia de algunos movimientos sociales y luchas democráticas a los que habría que enlazar los esfuerzos para una mejora crítica de los currículos y la enseñanza desarrollados en las escuelas.

Sin embargo, toda esta evaluación de lo que pasa adolece —y el propio Apple tiene el mérito de reconocerlo— de uno de los problemas típicos del método crí-

tico, que Rodríguez Ibáñez ha descrit com «el desvaneciment en la perplejitat de la indefinició». ¿De qu forma se acaba concretant en la pràctica social del moment la educació crítica? El autor esquiv a esta pregunta amb la justificació de que ja ha dedicat un llibre —*Democratic Schools*— a explicar per extens les pràctiques crítiques; però este llibre aùn no lo tenim en castellano. Por tanto, para nosotros, irremediabilmente, *Política cultural y educación* resulta incompleto. Nos quedamos sin conocer la respuesta a una de las preguntas fundamentales que Apple plantea: ¿qué es lo crítico en la educación de hoy?

De momento, parece que lo crítico está unido a algunos movimientos sociales. ¿A cuáles? ¿Por qué razón? Sobre todo estos nuevos movimientos están demos-

trando una capacidad de introducir lógicas distintas y múltiples —es decir, pluralistas— en la producción del sentido de lo social. Pero, ¿cómo funciona esa introducción?, ¿por qué ahora?, ¿por qué conectar y cómo la educación con estos movimientos? De nuevo, sin respuesta.

En definitiva, el libro se presenta más bien como un trabajo de transición en el que Apple insiste en sus planteamientos críticos más típicos con el fin de empujar un poco más a sus lectores a optar —verdaderamente, ¿sabemos de qué lado estamos?— con la convicción de que la exigencia autorreflexiva de esta opción sirva de impulso para la innovación y el cambio.

Remedios Castillo Pérez
Mariano Sánchez Martínez

LLOBERA, Josep R. *El dios de la modernidad. El desarrollo del nacionalismo en Europa occidental*. Col·lecció «Argumentos». Barcelona: Anagrama, 1996.

El dios de la modernidad ens ofereix una anàlisi brillant, des de la perspectiva de la sociologia històrica, de l'origen i el desenvolupament dels nacionalismes a l'Europa occidental; sens dubte un dels temes que darrerament està gaudint de gran ressò en el món de les ciències socials. En aquest llibre trobem com Josep R. Llobera remunta fins a l'edat mitjana el bressol dels nacionalismes que s'han originat al continent europeu. D'aquesta manera, replicant aquells teòrics que, com Ernest Guellner, han presentat el nacionalisme com un fenomen estrictament modern i producte de les societats industrials i capitalistes, Llobera en recupera uns orígens medievals. Així, en la primera part del seu llibre, tot resseguint la història dels territoris de Britània, Gàlia, Germània, Itàlia i Hispània des de l'alta edat mitjana (és a dir, d'aquells territoris

que han estat susceptibles d'ésser el marc dels macro estatsnació del continent europeu), assenyala els orígens medievals dels diferents moviments nacionalistes que s'hi han desenvolupat al llarg de les centúries. Llobera destaca com, a l'inici de l'edat moderna, el mapa de nacionalismes europeus ja era clarament similar al que trobem avui en dia. Alguns d'aquests moviments nacionals varen anar afeblint-se fins a desaparèixer, pràcticament o totalment; mentre que d'altres s'enfortiren fins esdevenir la principal font d'alimentació del nacionalisme oficial d'un Estat nació. A l'hora d'entrar en definicions, Llobera també assenyala que, si prenem com a requisit per qualificar determinat moviment com a nacionalista l'existència d'un moviment de masses, aleshores el «nacionalisme» que aquest autor troba a l'edat mitjana no podria ésser conceptualitzat

com a tal; però si s'accepta la noció d'un «nacionalisme cultural», com un nacionalisme restringit, defensat sobretot per les classes cavalleresques i pels clergues que, enfront de les elits que encara continuaven emprant i defensant el llatí, lloaven les gràcies de la llengua i la cultura «nacionals», aleshores la tesi que proposa trobar els orígens del nacionalisme bastant abans de la Revolució Francesa es fan més que plausibles. D'aquesta manera, Josep R. Llobera introdueix el seu concepte de «potencial etnonacional», segons el qual, a les darreries de l'edat mitjana, el mapa dels territoris de l'Europa occidental que serien susceptibles de desenvolupar moviments nacionals ja estava força configurat. Així, malgrat les distintes sorts que aquestes incipients nacions hagin pogut córrer al llarg de les centúries, allò que la tesi de Llobera ens assenyala és el fet que la possibilitat, en base a uns determinats trets diferencials, d'erigir-se o d'intentar erigir-se com a nació ja estava força definida. Ras i curt: no s'han format noves nacions des de l'edat mitjana, si de cas, s'han desenvolupat o han perdut la seva força, i, en alguns casos, fins i tot han perdut la seva força i, després d'un variable període de latència, han reaparegut i han guanyat vigor novament. Cercant els orígens nacionals a l'edat mitjana, Llobera refusa directament les hipòtesis segons les quals el nacionalisme hauria estat una creació de la burgesia per tal d'evitar una unió global de les masses treballadores, manipulant-les en favor dels seus propis interessos. Acceptant, doncs, que, efectivament, aquest és un dels usos que hom ha donat a la ideologia nacionalista, no n'és pas l'origen. Certament, Llobera destaca el fet que el nacionalisme va rebre una considerable embranzida amb els processos d'industrialització; però, això no obstant, ressalta el fet que no tant els processos d'industrialització com els de modernització (amb els conseqüents processos d'urbanització, secularització, educació generalitzada, augment de les

comunicacions, etc.) foren els veritables impulsors de l'auge dels nacionalismes.

A partir de la recerca històrica sobre l'origen de les nacions i dels nacionalismes, Josep R. Llobera desemmascara la idea de l'Estat nació com a «ens naturals» donat per descomptat. Aquest autor assenyala que, quan Estat i nació coincideixen en un mateix territori, és molt més un cas d'excepció que de norma. Com que la construcció de nacions i la construcció d'estats responen a lògiques diferents, ens dirà, tot sovint trobem més d'una nació en el territori d'un mateix Estat (estats plurinacionals, com ara l'espanyol), o bé el territori i/o població d'una mateixa nació dividida entre diversos estats (com el cas de Catalunya o el País Basc). Així i tot, els estats han intentat convertir els territoris que els comprenien en nacions úniques, procurant eliminar les diferències nacionals que poguessin comprendre en els límits de les seves fronteres. Aquest intent de convertir-les en polítiques (com són els estats), en culturals (com són les nacions), respon a l'alt potencial legitimador que avui dia posseeix la idea de nació. D'acord amb l'aproximació de Llobera, la nació ha esdevingut la substituta secular de la religió, «el valor simbòlic» més potent del nostre temps, i, consegüentment, un valor que confereix molt més sentit a una determinada forma estatal que la simple legitimació «racional-instrumental». Així, els estats empraran tots els mitjans dels quals poden disposar des de la seva posició de poder per tal de crear tot un univers simbòlic que confereixi una única «identitat nacional» a un territori on originàriament no només n'hi havia una. Uniformitzant el territori intern i contraposant-lo a tot allò que es pot trobar més enllà de les fronteres, s'obté un nivell de participació i d'identificació per part dels ciutadans molt més elevat en comparació amb aquell que simplement podria suscitar el fet de compartir uns mateixos textos legals i un mateix sistema econòmic.

D'aquesta manera, podem, doncs, concloure assenyalant que *El dios de la modernidad* és una reflexió molt lúcida i completa al voltant d'una problemàtica que, en un moment com l'actual, en el qual la dinàmica de globalització posa

sobre la taula la pregunta al voltant del rol actual dels tradicionals hegemònics Estats nació, esdevé encara més rellevant.

Nàtalia Cantó i Milà

MARTÍNEZ VEIGA, Ubaldo.

La integración social de los inmigrantes extranjeros en España.
Madrid: Trotta, 1997.

Ubaldo Martínez Veiga ens ofereix una profunda anàlisi sobre els elements estructurants del procés migratori i sobre quins factors ajuden a explicar les condicions d'inserció en el mercat de treball que es troben els immigrants a la societat receptora.

L'autor extreu les dades d'una recerca sobre la integració social dels immigrants estrangers a Espanya, la qual va codirigir amb Alejandro Portes¹. L'estudi va centrar-se en uns col·lectius determinats d'immigrants —capverdians, dominicanes, gambians i marroquins—, a cinc indrets clau de la geografia espanyola on es concentren aquests grups —els capverdians, a El Bierzo; les dominicanes, al nord-oest de l'àrea metropolitana de Madrid; els gambians, a la comarca catalana del Maresme i els marroquins, a Alacant i a El Ejido—. Dues tècniques d'anàlisi aporten resultats complementaris i enriqueixen l'estudi: una primera fase d'observació participant i una segona fase que consistí en una anàlisi estadística a partir d'un qüestionari que es va passar a 1.066 immigrants que residien a les àrees geogràfiques assenyalades.

Al llarg de la present obra s'estudien amb deteniment aquests quatre grups mitjançant una anàlisi comparativa. Ubaldo

Martínez Veiga empra exclusivament els resultats procedents de l'enquesta i els reforça amb l'anàlisi bibliogràfica de la literatura etnogràfica, històrica i econòmica de les societats d'origen dels col·lectius estudiats².

La primera part de l'obra constitueix una exhaustiva aproximació a cadascuna de les societats d'origen. Tal com argumenta l'autor, el coneixement d'aquest context de partida serveix per desmuntar la idea que els moviments migratoris són fenòmens passatgers que van en contra de l'estat «natural» de les societats d'origen i que, o bé no exerceixen cap mena d'influència sobre l'estructura social d'aquestes societats, o bé generen «anomia, desordre o disrupció social» (p. 130). Contràriament, els resultats demostren que els processos migratoris provoquen transformacions centrals en la configuració de les estructures socials de les societats d'origen, si bé el grau d'influència és diferent a cadascuna. En alguns casos, el procés migratori arriba a ser tan freqüent que sempre es presenta com una possibilitat a l'abast i forma part del món simbòlic de la cultura d'origen, tal com passa amb els gambians i les dominicanes. Martínez Veiga denomina aquesta intensa penetració *cultura de l'emigració*.

1. Conveni entre els ministeris d'Afers Socials, Interior i Treball i la Universidad Autónoma de Madrid, a través de l'Institut de Sociologia de Nuevas Tecnologías.
2. Els resultats del treball qualitatiu han estat recollits per altres membres de l'equip de recerca i ben aviat seran publicats.

En el cas dels gambians, per exemple, l'emigració és un principi bàsic i constitutiu de l'estructura social, de manera que és la pròpia organització del parentiu la que fa que els fills que no hereten les terres emigrin. El fenomen de la immigració també ha penetrat intensament en el sistema de valors de la República Dominicana, en tant que es constata com l'emigració té un paper clau en l'organització social de la unitat domèstica, caracteritzada per la mobilitat cap enfora dels seus membres —«unitat domèstica centrífuga» (p. 124)—. Per contra, si bé tant pels capverdians com pels marroquins el procés migratori també té incidències a l'estructura social, aquestes no són tan àmplies i extensives com en els dos casos anteriors.

Un dels aspectes essencials de l'estudi, derivat de l'anàlisi del context de partida, és l'existència de les xarxes migratòries, les quals permeten a l'autor traslladar la unitat d'estudi del fenomen des dels individus fins als conjunts d'individus relacionats entre si. D'aquesta manera, el fenomen migratori no s'explica com el resultat d'una decisió individual que es regeix per factors *push-pull* o per la llei d'oferta i demanda. L'autor adopta la terminologia d'Alejandro Portes (p. 131-132), segons la qual el procés migratori s'inicia a partir de l'existència d'una història prèvia de relacions polítiques i econòmiques establertes entre el país emissor i el país receptor («condicions inicials» o «macroestructura del procés migratori», p. 131), juntament amb altres fenòmens més microestructurals, l'element central dels quals són les xarxes migratòries.

L'autor centra bona part del segon capítol en l'estudi del pes i de les peculiaritats de les xarxes migratòries a cadascuna de les societats estudiades. Les relacions són el constitutiu bàsic de la xarxa; es tracta de relacions no creades ad hoc, les quals poden ser llaços de parentiu, d'amistat o simplement d'un origen geogràfic i cultural comú. Segons l'autor,

les xarxes tenen una base clarament instrumental, en tant que proporcionen el *capital social* necessari per emigrar i això facilita l'obtenció de treball, d'ajut i d'altres avantatges. Un cop més, la importància de les xarxes en tot procés migratori no es pot universalitzar, sinó que es tracta d'una qüestió de graus que varia a cada societat. Els fluxos migratoris de les dominicanes són clarament organitzats i estructurats a partir de les xarxes. En l'extrem contrari, l'autor presenta el cas del Marroc i de Gàmbia com a exponents de societats on les xarxes migratòries estan molt poc desenvolupades i on el fenomen migratori té lloc de forma menys estructurada. L'autor pronostica que quant més elevat sigui el grau de penetració de les xarxes en el procés migratori, més selectives seran les migracions. Així s'explica per què els immigrants marroquins, com que al Marroc no hi ha xarxes migratòries que reclutin persones determinades, presenten una distribució força semblant a la de la població marroquina, fenomen que l'autor qualifica de «desbordament».

La segona part de l'estudi s'ocupa d'un dels problemes centrals: les condicions de treball dels immigrants a la societat espanyola. Els resultats de l'enquesta revelen un estret nínxol laboral per als immigrants, confinats a sectors d'activitat deprestigiats com l'agricultura, el servei domèstic, la construcció, la mineria i la venda ambulants. A més a més, dins d'aquest ventall tan reduït de treballs, apareix una gran concentració d'efectius humans de la mateixa nacionalitat d'origen a la mateixa ocupació, *divisió ètnica del treball* (així ho assevera un 82% de les dominicanes al servei domèstic, un 82% dels capverdians a la mineria, un 48,1% dels marroquins i un 26,8% dels gambians a l'agricultura, un 28% dels gambians a la venda ambulants...) (p. 169). Martínez Veiga repassa les condicions d'accés i de treball dels immigrants a cadascun dels sectors d'activitat esmentats i, a grans trets, es pot concloure que executen les activitats més

«degradades, mal pagades i desqualificades» (p. 179).

L'autor reprèn la teoria de la segmentació del mercat de treball per explicar la posició subordinada que ocupen els immigrants en l'estructura ocupacional. Com que el nombre de llocs de treball disponibles en el sector primari és limitat respecte a la força de treball qualificada, els empresaris dissenyen estratègies discriminatòries en funció de la «raça», el «gènere» o la construcció d'habilitats, les quals impedeixen a determinats col·lectius sortir del sector secundari i permeten l'abatiment de costos i la divisió de la classe treballadora. És així com els «treballs secundaris» són ocupats bàsicament per les minories ètniques, les dones i els joves.

No obstant això, si bé sembla bastant evident que les característiques dels treballs dels immigrants permeten ubicar-los dins el mercat secundari, Martínez Veiga es qüestiona el valor heurístic de la teoria de la segmentació, en tant que els resultats obtinguts a les entrevistes revelen un mercat secundari discontinu, no homogeni, fortament segmentat internament, la qual cosa dificulta trobar criteris definidors comuns sobre quines feines pertanyen al mercat secundari i quines no. L'autor constata, per exemple, que tant a l'agricultura com al servei domèstic els immigrants ocupen aquells treballs més mal pagats i alhora més estables, mentre que a la construcció, els immigrants actuen com a mer «exèrcit de reserva» i només troben feina quan es tracta de les activitats més precàries i mal pagades. Martínez Veiga remarca la conveniència no tant d'identificar segments determi-

nats, sinó d'aïllar algunes variables clau (salari, estabilitat laboral...) i explicar les condicions laborals a partir d'aquestes. En definitiva, l'autor posa de manifest la necessitat de superar els plantejaments excessivament simplistes de la teoria dual del mercat de treball. Ara bé, al meu entendre, no ho resol de manera adequada, ja que acaba conclouent que no és possible identificar diferents segments dins de cada sector d'activitat. En aquest sentit, autors com Lorenzo Cachón³ superen la teoria dual mitjançant una teoria de la segmentació que té en compte els factors institucionals i que concep un mercat de treball dividit en una sèrie limitada de segments, diferenciats pels seus mecanismes de funcionament, en funció de la «desitjabilitat social»⁴ lligada a les condicions de treball.

Martínez Veiga no atribueix aquest estret nínxol laboral dels immigrants només a la discriminació empresarial i a la demanda específica de força de treball immigrant per a certes activitats (tal com passa amb la dona immigrant en el servei domèstic), sinó que creu que també hi intervenen les pròpies xarxes migratòries. A través de les xarxes flueix gran quantitat d'informació referent a salaris, qualitat i llocs de treball disponibles, així com també contactes entre empresaris i futurs assalariats, mitjançant la intermediació de tercers. D'aquesta manera, les xarxes no només estructuren l'oferta de força de treball, sinó també la demanda. Segons l'autor, la seva influència ajuda a entendre per què els nousvinguts són canalitzats cap a posicions on ja hi ha altres immigrants del mateix grup ètnic.

3. CACHÓN, L. (1995). «Marco institucional de la discriminación y tipos de inmigrantes en el mercado de trabajo en España». *REIS*, 60, p. 108-109.
4. Nivell d'acceptació de les condicions de treball, per sota del qual es tendeix a considerar les oportunitats d'ocupació com a «socialment» inacceptables. La desitjabilitat no és quelcom subjectiu, sinó un constructe social que varia al llarg del temps. Sabel (1985) s'aproxima al «nivell d'acceptació» a partir del concepte «carrera en el treball» o «visió del món». Des d'aquesta perspectiva, cada grup de treballadors té una idea diferent de l'èxit o de la carrera en el treball.

Martínez Veiga intenta donar resposta a si existeix complementarietat o competitivitat entre la força de treball autòctona i la immigrant. Es tracta d'un tema central en els debats actuals sobre la immigració, ja que s'acostuma a pensar, especialment en moments de recessió econòmica, que els immigrants treuen llocs de treballs als autòctons. Per a l'autor, els fonaments d'aquest debat no tenen sentit, perquè ha estat a partir de la crisi econòmica dels setanta que s'han deixat de considerar els immigrants com el motor fonamental del creixement econòmic i han començat a ser utilitzats com a «cap de turc», acusats de causar l'augment de l'atur.

L'autor es manifesta totalment contrari a la idea que l'arribada dels immigrants desplaça els nadius dels seus llocs de treball. Aquesta interpretació errònia, segons el propi Martínez Veiga, parteix de la premissa teòrica de concebre el treball com un «bé limitat» (p. 232-233) i, en conseqüència, de considerar les dues forces de treball —l'autòctona i la immigrant— perfectament intercanviables, de manera que quan un nadiu deixa un lloc de treball buit aquest és ocupat per un immigrant. Els resultats de l'enquesta revelen, en línies generals, la complementarietat dels dos grups. Els llocs de treball que passen a ocupar els immigrants es creen ad hoc o es redefeixen per a ells, perquè els empresaris s'aprofiten d'una mà d'obra disposada a acceptar salaris més baixos i condicions de treball pitjors. És a dir, sempre hi ha una dimensió de «creació» de l'ocupació i mai no esdevé una mera substitució. Immigrants i nadius utilitzen canals diferents d'integració en el mercat de treball i de mobilitat dins d'aquest. A més a més, tal com argumenta l'autor, l'experiència de països de vella immigració com França i Alemanya demostra que,

actualment, la presència de treballadors estrangers no només contribueix a crear ocupació, sinó que la seva absència, lluny de deixar disponibles llocs de treball per als autòctons, en destruiria molts.

Ara bé, l'autor deixa ben clar que d'aquest raonament no se'n deriva un dels postulats defensats per la teoria del mercat dual tradicional⁵, segons el qual els immigrants només accedeixen a aquells treballs que els autòctons han rebutjat i, en conseqüència, són sempre complementaris (p. 182). Els immigrants també poden ser substituïts dels autòctons en certs nivells. D'entrada, creu que la influència de les xarxes informals pot fer que l'assignació de llocs de treball segueixi una altra dinàmica i arribi fins i tot a dificultar l'accés per a la mà d'obra autòctona. A més a més, si bé la majoria dels immigrants s'ubiquen al mercat secundari, d'això no se'n deriva que es tracti de llocs de treball prèviament rebutjats pels autòctons i que no es produeixi competitivitat respecte a certs grups de nadius.

En definitiva, la tesi defensada per Ubaldo Martínez Veiga contempla la possibilitat de fer diverses combinacions de complementarietat i substitució entre grups d'immigrants i nadius, de manera que només l'anàlisi sistemàtica de cada cas concret pot determinar l'impacte dels immigrants en el mercat de treball.

A la tercera part del llibre, a partir de les anàlisis de fonts secundàries, l'autor intenta refutar algunes de les intuïcions sobre la propensió a emigrar des dels països del Tercer Món que, erròniament, es donen per vàlides. Enumeraré les que m'han semblat més rellevants. D'entrada, no hi ha evidència que les taxes d'emigració i les de creixement de població estiguin relacionades. Tampoc no s'observa cap relació entre taxes d'emigració i grau de pobresa a la societat d'origen. Al mateix

5. PIORE, M.J. (1971). «The dual labor market: theory and implications». A GORDON, D.M. (ed.). *Problems in Political Economy: An urban perspective*. Lexington: DC, Heath.

temps, les dades permeten afirmar que no s'està produint una invasió de població procedent del Tercer Món cap als països rics, en tant que la major part de corrents migratoris tenen lloc entre països del Sud. Contràriament al que es pensa, ni les inversions ni els ajuts econòmics des dels països centrals fins als perifèrics frenen l'emigració, sinó que més aviat estimulen els processos migratoris. Els fluxos migratoris actuen independentment de cicles econòmics i de la conjuntura a la societat receptora, la qual cosa fa que continuïn arribant immigrants durant una recessió econòmica.

El darrer capítol del llibre realitza una anàlisi comparativa de les polítiques migratòries, prenent França i Alemanya, dos països amb una llarga història d'immigració, com a *tipus ideals*. El seu objectiu és dilucidar quines són les ideologies subjacents a aquestes polítiques i les seves repercussions sobre la realitat migratòria. Pel cas alemany, el reclutament de mà d'obra estrangera després de la Segona Guerra Mundial fou una estratègia per comptar amb un *exèrcit de reserva* que, en períodes de recessió, retornés al seu país d'origen. Tal com sosté l'autor, els estrangers eren només una mercaderia sobre la base de criteris estrictament econòmics. La política migratòria alemanya es basava en la voluntat explícita d'impedir l'assentament d'aquests treballadors, afavorint les estades rotatòries i d'absoluta temporalitat, oferint un sistema de permisos de treball i residència molt limitats en el temps i no propiciant la reunificació familiar. Des d'aquest plantejament, no tenia cap mena de sentit preocupar-se per les polítiques d'integració dels immigrants. El model francès, basat en la fórmula republicana tradicional d'assimilació i d'incorporació cívica, se situa a l'extrem contrari, en tant que concebé la immigració com l'assentament permanent de famílies i com la conversió dels immigrants en ciutadans francesos. En nom del procés d'assimilació, es tendia a

seleccionar aquells immigrants procedents de cultures properes (italians i espanyols, per exemple), els quals consideraven més fàcilment integrables als valors de la cultura francesa. Ara bé, la crisi econòmica dels setanta constitueix un punt d'inflexió i tant a França com a Alemanya s'atura el reclutament de treballadors estrangers. El fre a la immigració té com a repercussions les entrades il·legals, l'assentament permanent dels immigrants al país receptor, el reagrupament familiar i l'abandonament de la idea de retorn. Aquest fet, segons l'autor, confirma un cop més que la immigració no pot ser regulada mitjançant decrets estatals i que té la seva pròpia dinàmica. En tots dos països aflora amb vehemència la preocupació pels problemes polítics i socials associats a una població immigrant que té intenció de romandre a la societat receptora.

L'autor conclou l'obra amb una breu reflexió sobre la problemàtica de l'exclusió social dels immigrants a les societats receptores, tot denunciant la necessitat d'establir polítiques concretes que intentin combatre-la. Manté que el concepte d'exclusió té una gran capacitat explicativa i el defineix multidimensionalment, partint de la contribució del sociòleg francès A. Touraine (p. 282), de manera que l'exclusió no només es refereix a aquells qui són fora del mercat de treball, sinó que també té molt a veure amb l'accés desigual als drets civils, socials i polítics i a la cultura.

Considero aquesta obra un gran avenç en l'estudi de la immigració, en tant que és capaç de copsar la totalitat del procés migratori, des de l'origen fins al destí. Habitualment, la bibliografia existent només se centra en algun dels elements que intervenen en el procés migratori de manera aïllada. Ubaldo Martínez Veiga penetra dins la caixa negra de la immigració, n'extreu amb èxit totes les variables, tant les macroestructurals com les microestructurals, i aconsegueix imbricar-les dins un esquema d'anàlisi de gran

capacitat heurística. Sens dubte, la imminent publicació de les dades qualitatives de la recerca servirà per completar encara més aquest esquema analític.

Ubaldo Martínez Veiga no es limita a aportar dades empíriques, sinó que va més enllà i ofereix una teoria capaç d'incorporar gran varietat de perspectives i de nivells i de relacionar-los, superant així bona part de les teories existents, caracteritzades per la seva excessiva fragmentació. L'autor combina amb èxit els postulats d'Alejandro Portes sobre els condicionants de les migracions, la teoria de xarxes i una reformulació de la teoria de la segmentació que intenta explicar el treball dels immigrants. Una de les aporta-

cions que més destacaria de la seva obra és el reforçament de la naturalesa social del fenomen migratori, en tant que l'autor emfasitza el paper de les xarxes migratòries com a estructurador del procés migratori, tant a les societats d'origen com a les receptores. Al marge que el lector pugui estar d'acord o no amb l'autor pel que fa al pes específic que atorga als factors socials i als econòmics, la importància d'aquesta obra rau en el fet d'evidenciar la necessitat d'aproximar-se a la migració contemporània de manera multidisciplinària i no només des del nivell de l'anàlisi econòmica.

Sònia Parella Rubio